



ción que, como todas las imaginaciones, es viajera, aunque luego el sentido práctico y familiar sea el ancla que detiene la nave. El hotel de *todo comprendido* ahorrará inquietudes a la esposa: el mercado, la cocinera, el servicio, la ropa, todo lo que es como un eslabón con la vida cotidiana, queda roto al decidir por el veraneo en el hotel. Tiene además la ventaja de suponer viajeros del mundo, de que no estará el baño a la habitual temperatura, ni acudirá la camarera con aquello que pensábais pedir y que en casa os traen antes de pedir porque en el hogar todo es ritmo y costumbre. En una palabra, os escapáis del pentagrama hogareño con el convencimiento de una mayor libertad.



¿Tenéis mucha familia? Entonces el proceso es más laborioso. Resulta casi obligado alquilar una casita de esas en que los dueños tratan de convenceros de que no os faltará de nada, aunque luego no funcione el termosifón y la vajilla sea escasísima.

Para la familia numerosa, el hotel presenta una faz hosca e insoportable. Empieza por ser antipático el precio de las habitaciones y termina por causarnos viva contrariedad la defi-

El arte de

ciente administración territorial de todos los elementos que forman la abultada familia.

Ocurre a veces que el jefe de la familia tiene ineludibles obligaciones en la ciudad y entonces hemos de inclinarnos por el pueblo serrano próximo, porque vuestra esposa no resiste una larga separación que sería obligada al distanciaros cientos de kilómetros. Los fines de semana suelen ser un poco costosos y un mucho llenos de dificultades de transporte. Nada decimos del dolor que supone al marido la separación veraniega, porque suelen ser estas mismas ocupaciones de la ciudad las que con su dinámica mitigan el dolor.



Entremos ahora en vuestras aficiones.
¿No sois partidarios de la soledad en el paisaje o de la muda

PARA la mayoría, el veraneo no se reduce al período de descanso más o menos prolongado junto al bravío mar o a la tímida montaña. Veranear es un auténtico problema de agradable resolución. Veranear es una obsesión que hipoteca la mitad de nuestra vida, puesto que durante seis meses del año estamos pensando en el lugar ideal de nuestras vacaciones y evocando las risueñas escenas del veraneo anterior. Desde abril, en que cogemos el primer plano de carreteras y en que desempolvamos la amarillenta guía de ferrocarriles, hasta bien entrado octubre, en que nos recuperamos totalmente en la normalidad del hogar, el veraneo es la principal actividad cerebral de todo buen padre de familia.



¿Tenéis poca familia? Entonces el veraneo es más fácil de solucionar. El hotel, con su hermoso capítulo de «pensión completa», no os llena de pavor. El hotel evita el compromiso de una larga permanencia; da más elasticidad a vuestra imagina-

